

que no son dignos ciertos nombres de que los saques á plaza en donde puedan durar algo más que lo que duran los gobiernos de una ínsula. Dice, pues, el texto sagrado:

«En aquel tiempo, Jehová dijo á Josué: Hazte cuchillos afilados, y vuelve á circuncidar la segunda vez á los hijos de Israel. Y Josué hizo cuchillos afilados, y circuncindó los hijos de Israel en el monte de los prepucios. Esta es la causa por la cual Josué los circuncidó: Todo el pueblo que había salido de Egipto... estaban circuncidados; mas todo el pueblo que había nacido en el desierto por el camino... no estaban circuncidados... toda la gente de los hombres de guerra... fué consumida. Y los hijos de ellos, que él había hecho suceder en su lugar, Josué los circuncidó; pues eran incircuncisos, por que no habían sido circuncidados en el camino... Jehová dijo á Josué: hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto.»

Mucho podría decir sobre esta antiquísima costumbre de la circuncisión, común hoy á judíos y mahometanos, marca de las razas semíticas que retroceden ante la invasión incontrastable del elemento aria: quédese para otras ocasiones. Aquí me limito á señalar una vez más la crudeza del estilo bíblico, demasiado primitivo y demasiado tosco para oídos delicados, en los cuales lo de los *cuchillos afilados* y *monte de los prepucios* producen el efecto de una sierra cuando tropieza con un nudo, y un insoportable espeluznamiento.

XXVI

¡Me río yo de Spínola sobre Breda, de Aníbal sobre Sagunto, y hasta del imberbe Molke sobre la fuerte Estrasburgo! ¡Niños de teta, simples niños de teta se quedan en el arte terrible de sitiar

y rendir ciudades al lado del perínclito Josué! Lo que todos estos pretendidos genios de la guerra no pudieron conseguir sino á fuerza de tiempo, asaltos, catapultas, escalas, cañonazos, minas, contraminas, bombas, cohetes, ametralladoras y paralelas y más paralelas, mediante la inspiración del sabio y omnipotente Jehová, lo logra Josué á trompetazos. A trompetazo limpio, en efecto, lector amable, cayeron ante Josué y su horda de israelitas los muros de la famosísima ciudad de Jericó. Y por si alguien lo duda, sena que por menudo se halla especificado este sencillo y sonoro método de rendir ciudades, en el capítulo VI del inspirado libro de Josué, indignamente olvidado de poner de texto en nuestras escuelas militares por la sabiduría de liberalescos Gobiernos; pues yo me imagino que si nuestros artilleros examinasen detenidamente este sitio de Jericó, seguramente renunciarían á los largos y á veces infructuosos procedimientos de asedio que hoy usan, y volverían á éste de los trompetazos y de los paseitos alrededor del muro, que, á los siete días cabales, después de siete vueltas á la ciudad, es de probado éxito.

La cosa se hizo por Josué de la siguiente manera. Colocó el pueblo alrededor de la ciudad. Después formó una columna. Los buenos soldados, á modo de batidores, iban á la cabeza. Seguían siete sacerdotes, tocando estrepitosamente siete cuernos de carnero. Luego los levitas llevando el arca del pacto. Después la *turbamulta* ó chusma armada, tocando bocinas. Esta columna dió el primer día una vuelta á la ciudad, otra vuelta el segundo día, otra el tercero, cuarto, quinto y sexto. El día séptimo, después de dar siete vueltas, tocan los cuernos y bocinas, alza el populacho espantosa gritería, y... ¡cataplúm!... el muro de Jericó cayó á plomo.

¡Se quiere procedimiento más sencillo, breve, armonioso y hasta jacarandoso de rendir una

ciudad sitiada? ¡Sólo Jehová ha sido capaz en este mundo de estas cosas!

*
* *

«Y destruyeron (los israelitas) todo lo que en la ciudad había, hombres, mujeres, mozos, y viejos, hasta les bueyes y ovejas y asnos, á filo de espada.»

Tampoco nadie más que Jehová ha ordenado nunca una degollina por el estilo. Pregunto yo: ¿qué culpa tenían los pobres borricos de Jericó para ser pasados á filo de espada? ¿Y las cabras?

*
* *

Una de éstas, de la especie que no tiene cuernos, aunque los pone, la famosa ramera Rahab, su papaito, su mamá, hermanos y demás que la pertenecían, fué, sin embargo, perdonada y conservada; honorable familia que continuó la especie cananea, que, á pesar de todas las raeduras decretadas por Jehová y hechas por sus elegidos, subsistió siempre en la Judea, hasta los días de Anás y Caifás y demás miserables del Sanhedrín del tiempo de Pilatos.

*
* *

Josué, el inspirado de Jehová, el caudillo sin igual, que á trompetazos echa abajo murallas, maldice con atroces palabras al que en cualquier tiempo reedificase la maldita Jericó.

Y... en efecto: Jericó, aún en el día de hoy, es una célebre y bella ciudad de Siria. ¡Fuerza de las maldiciones!

*
* *

No se crea que estos israelitas, de tan singular manera protegidos de Jehová, eran todo bondad, honradez y corrección. Había entre ellos cada bellaco, que á Rinconete en persona hubiera podido dar lecciones de esca noteo de

lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y hasta contra la voluntad de Dios. Uno de estos manos largas, llamábase Achán, mocito que en el saqueo de Jericó, así, como el que nada hace, despreciando el mandato de Jehová, que por boca de Josué lo había ordenado quemar todo, había trasconejado y puesto á buen recaudo un hermoso manto babilónico, doscientos siclos de plata, y un changote de oro.

El robo sacrilego estaba oculto. Ni el diablo que le hubiera descubierto, sin la trastienda de Josué, que habiendo enviado contra la ciudad de Hai un buen golpe de gente, como esperase que con nuevos trompetazos, ó cosa parecida la tomasen, al verlos volver echando el bofe, huyendo de los cananeos que les habían aporreado de lo lindo, dedujo que irremediabilmente había en esto gato encerrado. ¿Cuál era este gato? Rompe sus vestidos, como ya tengo dicho que es de rigor en la Santa Biblia, echa polvo sobre su cabeza (¡bonita se la pondría!), ora todo un día, reúne al pueblo, le habla, le pregunta, y he aquí que Achán, de eliminación en eliminación, queda frente al general, que le obliga á confesar su delito. Apedrean al ladrón, y torna la fortuna, obscurecida por su feo pecado.

¡Admirable! ¡admirable! ¡admirable!

*
* *

Apedreado Achán, Jehová que se había callado como un pez, dejando á Josué que se desvanase los sesos para descubrir el sacrilegio, habla de nuevo al caudillo, instruyéndole de lo que ha de hacer para tomar á Hai.

Caen 30.000 hombres, puestos en emboscada, sobre la ciudad, degüellan sus habitantes, lo arrasan todo, lo reducen todo á un montón de cenizas, y crucifican en un madero al rey, todo por decreto de Jehová, que de entonces acá ha

variado mucho de opinión acerca de las personas reales.

*
* *

Y siguen los cuentecitos, que tratan de explicar poéticamente el estado social de la Judea, muchos años y siglos después de la conquista de los israelitas. Allá va uno, que no carece de gracia, á la antigua, por supuesto.

Al oír los diferentes reyes cananeos las atrocidades de Josué, aliáronse para resistirle. Empero los gabaonitas, habitantes de las cuatro ciudades de Gabaon, Cafira, Beeroth y Chiriathiarim, ó creyendo inútil la resistencia, ó más conveniente la alianza con los hebreos, acuden astutamente al campo de Josué, fingiendo venir de muy lejos, para declarar la omnipotencia de Jehová y hacer paz con sus elegidos. Josué y los ancianos caen en el lazo, juran el respeto á las vidas y haciendas de los gabaonitas, y cuando después descubren el engaño, al saber que Gabaon caía muy cerca de Jericó, no pudiendo faltar á lo jurado por Jehová, se contentan con imponer servidumbre á los gabaonitas.

Este juramento me hace mucha gracia, porque al pretender honrar con él á Jehová, lo que hacen, en buena lógica, es desobedecerle, pues él, raer los cananeos sin excepción es lo que tenía mandado.

Vaya notando el lector discreto cómo en esta conquista, aparte lo de los trompetazos de Jericó, cosa supina, todo va sucediendo por los términos regulares y corrientes humanos: de lejos, mucho decir y amenazar...: de cerca, robos sacrilegos, palizas como la de Hai á los ejércitos débiles, triunfos de los fuertes, capitulaciones como la de Gabaon... y lo que se verá. Jehová decididamente aparece del propio humor que su caudillo, y como éste transige con la realidad.

XXVII

Arrasadas Jericó y Hai, crucificados sus reyes y degollados todos sus moradores, hecho el concierto con los astutos cuanto cobardes Gabaonitas, que si salvaron el pellejo fué para ser por siglos los parias de Israel, aconteció una cosa morrocotuda, descomunal, que puede titularse el colmo de los colmos, en orden á tomarle el pelo á la credulidad del género humano.

Yo quisiera tener á mano aquel honrado é industrioso artista que no ha muchos años, se veía cerca de la Cibeles tocando una orquesta entera, para suplicarle que, dándole fuerte al bombo, que tocaba con una mano, fuerte á los platillos, que hacía entrechocar con el codo, más fuerte aún á la destemplada flauta en que soplabá, agitando la cascabelería y campanillería que llevaba sobre la cabeza, y meneando rápidamente el pie, que, mediante una cuerdecita, tocaba el triángulo de hierro montado sobre el bombo, congregase á mi alrededor lo escogido del pueblo español en el arte de imaginar hipóboles literarias. ¡Oh, y con qué fruición, ante el andaluz guasón, el aragonés ladino, el castellano socarrón, el astuto gallego y el exagerador navarro, exclamaría yo!

—Caballeros: les doy á Vds. de tiempo de aquí á la consumación de los siglos para que me discurren la mayor exageración que pueda ponerse en boca de un general, para significar con ella que Dios había favorecido su causa. Ya pueden echarse ustedes á discurrir cuentos en que, entrando Dios y un general, aparezca Dios obedeciendo las órdenes y si quieren ustedes las súplicas de un general.

—¡Puez ya eztá, zeñor mio! oigo decir á un sevillano. No hay pa qué eze zeñor de la orqueza meta tanta bulla. Con desir que ar general lo

manda á Dios pelar patataz para el rancho, y jaser que Dios laz pele, y mondaditaz laz vaya echando á la cardera, tiene ozte una ezageración que no ez menúa.

—No está mal, contesto yo, no está mal. Pero aún es poco, porque al mondar Dios las patatas, no hace una cosa imposible. Y el *quid* es que Dios haga algo que no pueda hacer, como, por ejemplo, que el general fuese al mismo tiempo el que mandaba pelar las patatas, y las patatas mismas.

—Ezo no zería cuento; ezo zería una barbaridad. Loz cuento pa tener *aquel* han de zer *verisimiles*.

—Verosimil es el cuento á que yo me refiero. Verdad es que escarbando un poco, se encuentra eso que V. ha dicho.

—¡Ziempre zaldrá ozté con alguna patochá, como la de aquél que mientras dormía en la posáa le untaron de negro la cara pa burlarse dél, por gaztar de criado un *morenito*, y que cuando ze levantó por la mañana apriza y con zueño y ze miró al ezpejo, dijo: ¡Ezos brutos han despertar al negro, en vez de despertarme á mí! con lo cual se vorvió á la cama.

—Patochada, cuento ó barbaridad, aquello á que yo me reflero es la mayor atrocidad que se ha oído, y por mucho que ustedes todos discurren, no darán con ello.

—¡Que se cuente! ¡que se cuente! grita mi auditorio.

—Allá va, señores, allá va. Ustedes todos, caballeros, habrán aprendido en la escuela que la tierra en que vivimos y hemos de morir, es un planeta...

—¡No está ese zeñó mal planeta, cabayeros! grita á estas palabras mías el andaluz. Pa oír de planetas, valé más pazear con este bendito sol que Dios nos envía.

—¡Música, música, honrado artista! grito yo

á mi vez al hombre-orquesta, viendo que la interpelación del andaluz comienza á deshacer el corro de oyentes. ¡Música hasta acabar mi discurso! Y continuó:

—Saben ustedes que la tierra es un planeta que gira alrededor del sol en un año, y que además gira alrededor de sí misma una vez cada veinticuatro horas.

—¡Vaya, como un trompo que toma carrera cuando empieza á bailar!

—Eso es, eso es, señores, como un trompo que además de dar vueltas sobre sí mismo, girara alrededor de una barrica de vino.

—¡Ezo ez lo que á osté le sobra, ze me figura! exclama mi andaluz, cogiendo al vuelo la ocasión de decir una pulla.

—Esto que digo,—sigo yo—no lo dice el vino, lo dice la Ciencia, que es una señora muy respetable. Pues bien: dando vueltas la tierra sobre sí misma y siendo de la figura de una naranja, y siendo el sol la lámpara que la alumbrá, constantemente la mitad de la tierra está en sombra, es decir, en noche, y la otra mitad en luz, esto es, en día. El sol, señores, se está quietecito en el espacio, relativamente á la tierra, aunque también á su vez danza hacia la constelación de Hércules y digo que danza, porque se va hacia ella dando sus vueltecitas correspondientes.

—Este zeñó está alumbrá zín remedio, y se figura que dansan la tierra y el sol, cuando lo que le dansan á él zon los ojos, como á aquel borracho de Zevilla, que estaba parao ezperando que pazara zu caza.

—Atención, señores, por favor, si hemos de dar en el hito de lo que decían ustedes querer saber, sobre la mayor ezageración ó atrocidad que se ha escrito.

—¡Que salga pronto!

—Pronto saldrá, pero vestida de limpio, para que sea digna de ustedes. Señores, tanta rapidez

lleva la tierra en su camino alrededor del sol, que un tren despeñado cuesta abajo á toda máquina, sería para el correr de la tierra, lo que el andar de una tortuga al escape de un buen caballo de carrera. Y con tanta velocidad gira al mismo tiempo sobre sí misma, que cuanto yo dijera sería poco expresivo. Aislada en el espacio, la tierra así girando y caminando, sometida á leyes inmutables, supongamos que se parara de pronto. Coged una botella de cristal finísimo, estampadla con toda vuestra fuerza sobre una losa. ¿Qué se ha hecho de la botella?—¿Polvo, añicos? Pues añicos y polvo se haría la tierra si un instante solamente se parara.

Ahora bien, señores; para que un día en nuestra latitud durara, en vez de las diez ó catorce ó diez y seis horas que tiene, una, dos, ó diez horas más, sería preciso que la tierra se parara por espacio de una, dos ó diez horas. Pero como al pararse se haría añicos con todo lo que tiene, ciudades, hombres, etc., resultaría que no sería tal tierra, ni habría quien de ella ni de su pará-dita pudiera hacer memoria. Que el sol se pare ó no se pare, no es razón para que se alargue el día, pues no dependen el día y la noche del andar del sol ó de estarse quieto, sino del andar de la tierra. De todos modos, si el sol se llegase á parar, ¡Dios no asista! En fin, caballeros, que el sol nos ha dado por muchos siglos un camelo; pues con todo su salir, su correr y su ponerse, lo que hay de cierto es que se está muy arrellanado en el cielo, y nuestra pobrecita tierra es la que tiene que sudar la gota gorda para hacerle la rosca. ¡Coquetón!

—Señores, interrumpe mi andaluz,—aquí no hay más camelo que el que noz está dando ezte cabayero, con zuz andróminaz. Argo he oído yo allá en Zevilla de todo ezo de loz andarez de la tierra, pero le tengo dicho á Curro, mi compare, que no me dejará mentir, que en lo de tejaz arri-

ba, ni entro ni zalgo. ¡Con que á tomar el zol, v que ezplique ezas caligrafías al de la orqueztal! Por zupuezto, que la ezageración aún no ze ha vizto.

—Suplico al sevillano que reserve un instante sus chistes para oír la exageración. Fué el caso que Josué, estando combatiendo á cinco reyes Amorreos...

—¡Dioz noz azista! Curro: ¿tú zabez de eze zeñor Jozué y de ezoz reyez Amadeoz? ¡Zi aquí no hemoz conosío maz que á un pobreziyo de eze nombre enrevezao!

—Josué fué un general israelita, quiere decir, judío.

—Lo dicho, eze zeñor eztá achizpao. Loz judío no zon nunca generalez: zon ziempre prez-tamiztaz. ¡Recuerdaz, Curro, aquel judío de Gibraltar?

—No traigaz maloz pazoz á la memoria, y veamos quien fué eza gente de que habla este cabayero.

—Este señor Josué, como todos ustedes saben, estaba iluminado y protegido por Jehová, el poderoso Dios Jehová, señor de cielos y tierra.

—¿Tú conoses á eze Dioz Jozafá, Curriyo?

—Jozafá no ez coza de Dioz: me parese un vaye que huele á Iglezia.

—Josué andaba en guerra para conquistar la prometida tierra de Canaan, que Jehová había destinado para habitación de sus hijos predilectos los israelitas.

—Puedez creer, Curro, que eze Dioz, como se llame, que ya no me acuerdo, no me jase pizca de grasia, por tener niñoz mimaos, que zon niñoz mal educaos.

—Deja, hombre, á ver que jase eze Dios, y aluego diraz lo que tacomode.

—Había ya Josué conquistado algo de la tierra de Canaan, cuando cinco reyes Amorreos, reuniendo sus tropas, trabaron con él batalla. Con

la ayuda de sus armas y de un pedrisco tremendo que sobre los Amorreos lanzó Jehová, Josué venió en batalla campal á los reyes, que echaron á correr como liebres. Pero Josué, que quería hacer las cosas de una vez, quiero decir, degollarlos á todos, para que no le estorbasen en la ocupación de la tierra, viendo que se echaba la noche encima...

Pero aquí precisamente, caballeros, tengo la *Biblia*, y voy á permitirle leerles á ustedes integro el pasaje de lo que pasó. Dice así:

«Entonces Josué habló á Jehová el día que Jehová entregó el Amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaon; y tú, Luna, en el valle de Ajalon.

»Y el Sol se detuvo y la Luna se paró, hasta tanto que la gente se hubo vengado de sus enemigos. ¡No está aquesto escrito en el libro de Jasher? Y el Sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró á ponerse casi un día entero.

»Y nunca fué tal día antes ni después de aquél, habiendo atendido Jehová á la voz de un hombre: porque Jehová peleaba por Israel.»

Y vean ustedes, señores, y vea el sevillano interruptor, cómo no es posible discurrir exageración que á esta exageración iguale; pues para que el día fuese más largo que de ordinario, sería preciso que la tierra se parara, y no el sol, y parándose la tierra se haría añicos y sobre ella no hubiese podido Josué perseguir á los Amorreos.

—Vámonoz, Curro, que me paese que ezte zeñor ze va á dezcolgar con alguna herejía, puez eze libro de la *Biblia* ez como el padre Zanto de Roma, infalible. Y ahora no ez como el año de la Revolución, cuando venían allá por Zevilla á predicarnoz loz republicanoz.

—La Iglesia Católica Apostólica Romana, nuestra santa Madre, admite, según el P. Cámara, obispo auxiliar de Madrid, que esto está es-

crito en metáfora, puesto que no puede ser. Digo esto porque he oído hablar por ahí de herejías, y para afirmarme en lo que he dicho, que ésta es la mayor de las metáforas ó exageraciones.

—Andando, Curro, exclama mi andaluz. ¡No ez tá mala metáfora la que noz ha metido ezte zeñor!

—No me hablez de eza palabra, por Dioz.

—¿De qué palabra, Curro?

—De eza de metáfora.

—¿Y por qué?

—Porque tooz miz malez vienen de una metáfora, azegún dijo el abogao que me defendió en aquello de marraz, que por de poco me lleva ar palo.

—¿Puez cómo, hombre, de una metáfora?

—Puez que no lo quizeron creer que el otro ze había muerto por zu mano, zino que yo le había metido una cuarta de metáfora en er cuerpo.

—Entoncez metáfora quié isir cuchiyo.

—¡Aticuenta!

XXVIII

Admiradas las estupendas metáforas que usó el Espíritu Santo con el señor Jasher, en cuyo libro se escribió aquello de pararse el sol sobre Gabaon y la luna sobre el valle de Ajalon, y después de advertir que á dicho señor de Jasher ni el demonio que le conozca en el mundo de la literatura, á no ser por esta referencia del libro canónico de Josué que voy comentando, debo contarte, carísimo lector, cómo empleó Josué los días que siguieron al día morrocotudamente largo en que derrotó á los amorreos.

Los pobrecitos de los cinco reyes que he dejado en la nota anterior corriendo como liebres de la espada de Josué, metieronse en una cueva, lo que me da una pobrísima idea de estas régias personas, á no admitir que el Espíritu Santo lla-

me rey á cualquier pelafustán, lo que es muy poco probable, pues aunque gente de poco trato con astrónomos y cosmógrafos, como ha probado en la metáfora preinserta, que ha hecho sudar la gota gorda á más de cuatro reverendísimos teólogos, hasta que se dió en el hito de la metáfora, paréceme un poco más que medianamente inclinado al régimen monárquico, como es de rigor en personaje de sus campanillas. Digo,—volviendo al cuento—que los cinco reyes amorreos, convertidos en trogloditas con la parada del sol, fueron descubiertos por los hebreos, y mandados sacar de la cueva por Josué, se dió éste el gusto de que todo su pueblo pusiera los pies sobre los pescuezos de aquellos aborrecidos monarcas cananeos, que después de sufrir esta humillación, indigna de su alta jerarquía, fueron alanceados, colgados después de unos maderos, y finalmente arrojados á la cueva que les había servido de miserable refugio, cuya boca se tapó con grandes piedras, que subsisten *hasta hoy*, dice el libro, sin que yo me meta en floeos por averiguar qué día sea este *hoy*, porque ya sea martes, ya viernes, en nada desmerece la verdad revelada por Dios, ni quita ni pone esto nada á la gloria y á la clemencia y piedad con que Josué trataba á sus enemigos.

*
* *

En fin, lector, que los israelitas mandados por Josué conquistaron, siempre con la ayuda de Jehová, y tras muchas fatigas y combates, un buen pedazo de terreno de Canaan, cosa así como las tres provincias valencianas. No debo ocultarte que me choca extraordinariamente que, para conquista de un general como Josué, que de un grito paraba el Sol y la Luna, costara tantos días, y exigiera tantísimos asaltos y combates. Sin la ayuda de Dios alguno, que se sepa, Julio César hizo una conquista mayor en un abrir y

cerrar de ojos, que él expresó muy elegantemente con estas palabras: *llegué, vi, vencí*. Yo esperaba desde el *Génesis*, y sobre todo desde el *Exodo*, que cosa tan resuelta por Jehová como el establecimiento de los israelitas en Canaan, fuera para el que dividía las aguas del mar Rojo, hacia brotar agua á las rocas, arrojaba codornices sin número y sobre todo enviaba el maná, como para mí comerme un barquillo, y esperaba además que el inspirado capitán del puebló elegido aventase á los cananeos con sólo soplar desde el milagrosamente vadeado Jordán. Cuando veo que capitula en Gabaón (la del sol), que tiene que ir y venir, y batallar, y retirarse, y avanzar, me hundo en un mar de reflexiones, pareciéndome á veces que me están dando un mico, malévolo y ruin pensamiento que, gracias á Dios, la autoridad que nos enseña ser todo esto cierto de toda certidumbre, verdadero de toda verdad, y obra indubitable de Jehová, aparta de mi imaginación, aunque con alguna fatiga.

Además, el propio cuento arroja de sí algo que demuestra la intervención de un ser de gustos delicados y melindrosos. Este algo es la degollina de reyes que se verifica. Moisés y Josué, por muy republicanos que fuesen, es del todo imposible que llevasen su *mo:arco:faqia* hasta el extremo de merendarse entre los dos *treinta y un reyes*, cuyos nombres é imperios constan por menudo en el capítulo XII de esta portentosa historia. Treinta y un reyes son muchos reyes para ser degollados por dos hombres: entrando Jehová á la parte, ya no me parecen demasiados. ¡Y los franceses que se dan tanto tono por haber guillotinado uno! ¡Pues y los ingleses, tan ufanos con haber decapitado á Carlos I? El cervecero Cronwel y el cirujano Marat me parecen unos niños de teta al lado del pastor Moisés y de Josué, de oficio desconocido antes de ser soldado.

*
* *

Hecha la conquista, vienen los repartimientos. ¡Como en América los españoles! ¡Igualito! Josué, ya viejo, distribuye entre las tribus las tierras á satisfacción de todos, mandando hacer una especie de libro catastral, llevar el tabernáculo á Silo, fijar las ciudades de refugio y la de los levitas, se queda para sí un buen pegujal, echa un discurso final á su gente y se muere como un bendito de Dios, á los ciento diez años. Varón insigne y para siempre memorable por su voz que paró al sol, el cual hizo más caso al que le habló en hebreo, que á nuestro Espronceda cuando le invocó en lengua castellana, rogándole que se parara.

Ya tenemos, pues, á los israelitas en la tierra que les había prometido Jehová, que, como se ve, ha resultado ser un Dios de palabra. Ahora veremos lo que en ella hicieron.

XXIX

EL LIBRO DE LOS JUECES

A continuación del *Libro de Josué* aparece en la *Biblia* el *Libro de los Jueces*. ¿Quién le escribió? No se sabe. ¿Cómo que no se sabe, preguntará el lector discreto. Pues no se sabe, respondo yo, y punto concluido. No sabiéndose quién le escribió, replicará el lector, ¿cómo se sabe que fué revelado por el Espíritu Santo? ¡Pues velay! que dicen en mi tierra, donde hay cada doctor en teología más hondo que el pozo Airón. *Velay*, lector: no se sabe quién le escribió, pero se sabe indudablemente que lo inspiró el Espíritu Santo. En qué se haya conocido, no lo sé: si lo supiera, francamente te lo diría. Como no sea en cierto tufillo bárbaro y cruel; como no sea en un olorcillo á montuno y selvático que transcende á salvajismo de un cuarto de legua, no sé en qué se haya podido fundar la acusación hecha al Espíritu Santo de inspirar este libraco, en que se

cuentan desdichadamente las atrocidades, monstruosidades y barbaridades que hicieron unos cuantos gánapiros que gobernaron el pueblo de Israel por espacio de algunos siglos con el nombre de Jueces, todos ellos por elección y consentimiento del imprescindible Jehová.

Las historietas de este *Libro de los Jueces* son bastante populares y se han infiltrado en toda la literatura cristiana, en la cual Gedeón, Sansón, Jephthé, Dalila, Débora, y otros personajes, han hecho competencia en las figuras de retórica á Hércules, Aquiles, Andrómaca, Eneas y otras creaciones de la poesía clásica. Por esto no quiero prescindir de examinar este libro, más apropiado que cualquier otro para arrancar de los espíritus apocados la falsa idea de que todo esto de la revelación sea algo más que una falsa manera de hablar, pues dar al Espíritu Santo la ocupación de dictar estas cosas, es convertirle en un copletero de esos que explotan la afición popular á los romances de ciego, con acompañamiento de guitarra.

*
* *

La entrada de este libro es la declaración de impotencia del omnipotente Jehová, señor de cielos y tierra. Como es sabido, este Dios, tras muchas fatigas y milagros, había sacado á los israelitas de Egipto y traídoslos á la tierra de Canaan, para que allí no le dejasen un cananeo á vida: todos, todos habían de ser raídos de su presencia. Hasta me he permitido en una nota llamarle, en vista de su furor, Dios rapapueblos.

Pues bien, en vez de raer á los cananeos, amorreos, jebuseos, heveos, etc., los israelitas capitulan con estas gentes, viven entre ellos, se mezclan con ellos, y lo que es más, dándoseles una higa del pacto famosísimo, tan sinalagmático como bilateral, se dan al culto de Baal, Dios de los cananeos. Jehová se enfurruña; pero en vista

de que no le hacen caso, transige, y volviendo sobre su palabra, él, el que había dicho en el *Exodo* que no quedaría simiente cananea, dice en el capítulo II de los Jueces: *Tampoco yo echaré más de delante de ellos á ninguna de aquestas gentes*; las cuales gentes, por supuesto, así que podían, pegaban cada paliza á los israelitas, que les dejaba derrengados para una veintena de años.

Las gentes que quedaron fueron (capítulo III, versículo III): *Cinco principes de los filisteos, y todos los cananeos, y los sidonios, y los neveos*. Cuando después de leer esto se recuerda la parábola del Sol y de la Luna, ¿se puede contener la risa? ¿Para qué han servido el milagro del mar Rojo y todos los demás milagros? Para venir á declarar aquí que una horda vagabunda, después de morar en Egipto y peregrinar por el desierto, cae sobre Canaan, donde se hace un lugar entre unos pueblos mas o menos debiles, pero todos sin significación alguna histórica. Esta horda, en el transcurso de los siglos, se adelanta á estos pueblos, y depositaria de un concepto unicista de la Divinidad, le esclarece en una literatura mística cuando llega á su apogeo con David y Salomón. Pero aún estamos muy lejos de Salomón. Por ahora, véase lo que eran los profetas de Israel, y lo que era la religión mosaica, traicionada a cada paso, y cada veinte años abandonada por los israelitas para entregarse á todos los horrores de Baal.

* *

El primer juez de que nos habla el libro se llamaba Otoniel, un caballero á quien Jehová prestó ayuda, gracias á la cual, derrotó á Chusanrasahtaim, nombre estrafalario de un rey de Siria, cuyos huesos han debido dar ya más vueltas que una veleta. Hecho y personajes sin los cuales, incompleta la *Santa Biblia*, no habría sal-

vación posible para la humanidad, pues es sabido que la verdad incompleta no es verdad, y que en la Verdad divina está la salvación humana.

* *

Al cabo de cuarenta años de buen vivir, los israelitas cerdean en la cuestión del pacto, y el celoso Jehová los hace por diez y ocho años siervos de Eglon, rey de Moab. Se arrepienten los israelitas, chillan, prometen, y Jehová, como es de rigor en su papel de padrazo, les suscita un salvador. Llamábase este mozo Aod, y, aunque corto de nombre, no lo era de manos, pues haciéndose un *puñal de dos filos, de un codo de largo*, se va á ver al rey de Moab, que le recibe muy cumplidamente, porque se anunció como portador de un buen regalo. Al entregarle éste al rey, le dice Aod que tiene que hablarle en secreto. El rey manda retirar su gente, y, cuando á solas con Aod, le dice que hable, este ciudadano le mete el codo de puñal dentro de la barriga, produciendo al rey un desgarrón por donde salió *el estiércol* (palabra textual). Muere el rey, se escapa Aod, convoca á son de cuerno á los suyos, que después de matar á diez mil moabitas, como se matan diez mil moscas, le hacen juez. ¡Vaya una leccioncita de historia monárquica y decentísima que nos refiere el Espíritu Santo, no se sabe por mano ó boca de quién!

* *

«Después de Aod fué juez Samgar (texto) el cual hirió seiscientos hombres de los filisteos con una agujada de bueyes.»

Sin comentarios.

XXX

Gobernó después de Samgar *el de la agujada*, una mujer, y las cosas iban rematadamente mal

para Israel: un tal Jabin, rey de los cananeos, los molía á palos, á pesar de Jehová, de las tablas de la ley, del tabernáculo de Silo, de los estupendos milagros pasados, y del don de profecía que adornaba á madama Débora, que así se llamaba la *juiza*, casada con un tal Lapidoth, personaje insignificante, como la inmensa mayoría de los príncipes consortes.

«La cual Débora, dice el texto, habitaba debajo de una palma, entre Rama y Beth-el, en el monte de Efraim: y los hijos de Israel subían á ella á juicio.»

Deduzca el discreto lector los juicios que se harían debajo de aquella palma, y la importancia del pueblo que semejante palacio de justicia usaba, y tenía por códigos las poéticas divagaciones de la señora Lapidoth.

* * *

Débora, que debió tener malas pulgas, cierto día envía un recadito á un muchachón de la tribu de Neftali, llamado Barac, y cuando le tuvo presente, pasó con él el breve y textual diálogo que sigue:

«*Débora*.—¿No te ha mandado Jehová, Dios de Israel, diciendo: Vé y haz gente en el monte de Tabor, y toma contigo 10.000 hombres de los hijos de Naftali y de los hijos de Zabulón, y yo traeré á ti al arroyo de Cison á Sisara, capitán del ejército de Jabin, con sus carros y su ejército, y entregarélo en tus manos?»

Barac.—Si tú fueres conmigo, yo iré; pero si no fueres conmigo, no iré.

Débora.—Iré contigo; mas no será tu honra en el camino que vas, porque en mano de mujer venderá Jehová á Sisara.»

La entradilla de Débora á Barac tiene tres párrafos de bemoles: «¿No te ha mandado Jehová?...» Si Jehová se lo hubiese mandado á Barac, excusaba la profetisa de instruirle, pues Jehová le hubiera instruido. Y si Barac, como es de presumir,

ninguna orden de Jehová había recibido, ¿á qué este giro engañoso del discurso de la profetisa?

Dejando esto á un lado, el caso fué que Barac, en compañía de Débora, se va á Cedes y subleva 10.000 hombres, número redondo, como si fuera un Pompeyo ó un Julio César, ó por lo menos un Garibaldi

Acude Sisara, capitán del ejército de Jabin, al sitio en que el alto Jehová le tenía dispuesta la celada, y Barac le desbarata el ejército, como si fueran de alfenique los temibles carros de guerra que constituían la fuerza principal, persiguiendo á los soldados y degollándolos á todos, *hasta no quedar uno*. A pesar de la respetabilidad bíblica, uno si quedaba, que era el pobre Sisara, el cual, huyendo de la espada de Barac, digo de Jehová, se acoge á la tienda de un aliado de su amo y señor el rey Jabin, llamado Heber Cineo, el cual tenía una mujer, llamada Joel, de pelos en el corazón.

Esta piadosa señora, viendo correr hacia su tienda al infortunado Sisara jadeante, llama y dice al vencido capitán: «Ven, señor mío, ven á mí: no tengas temor.» Sisara acude, y Joel le tapa con una manta. Sisara la suplica un poco de agua con que templar su ardiente sed, y Joel, llena de misericordia hacia el desgraciado, saca un odre y le da leche, volviéndole á ocultar bajo la manta. El capitán, rendido de fatiga, siente acometimientos de sueño, y suplica á la dama que cele la puerta de la tienda, encargándola que si alguien preguntase, dijera que nadie allí se había guarecido.

Tan pronto como Sisara cierra los ojos, Joel arranca una estaca de la tienda, coje un mazo, pone la primera en la sien de Sisara, y dando con el segundo tremendos golpes, hace tortilla los sesos del dormido capitán. ¡Hermosa, bella y piadosa acción, digna de la trompa épica que su-